

CHARLES PÉGUY

**NOTAS
SOBRE
BERGSON Y
DESCARTES**

Péguy



Charles Péguy

Notas sobre Bergson y Descartes

Traducción de José Miguel Ángeles de León

Prólogo de Carlos Díaz



© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

Traducción de José Miguel Ángeles de León

Prólogo de Carlos Díaz

Introducciones de Agostino Molteni y José Miguel Ángeles de León

La Cátedra de Estudios Culturales Charles Péguy de la Universidad Católica de Valencia es un organismo universitario dedicado a la investigación, difusión y transferencia de la cultura desde una perspectiva crítica e interdisciplinar, inspirada en el pensamiento de Charles Péguy.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 155

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-267-7

Depósito Legal: M-3786-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Prólogo	7
Introducciones	25
Charles Péguy y la incomparable dignidad del pensamiento	
<i>Agostino Molteni</i>	27
De la esclerosis del hábito y la costumbre a la novedad de la gracia	
<i>José Miguel Ángeles de León</i>	37

NOTAS SOBRE BERGSON Y DESCARTES

Nota sobre Henri Bergson y la filosofía bergsoniana	55
Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana	97

PRÓLOGO

Jacques Chevalier, su maestro primero, bastante bergsoniano, condujo a Emmanuel Mounier a Charles Péguy, su principal inspirador. También le condujo a René Descartes, sobre el cual —teocentrismo y antropocentrismo— realizó Mounier su memoria de licenciatura. Y también fue Jacques Chevalier quien dio a conocer a Mounier a Henri Bergson. A pesar de todo, con Chevalier, discípulo a su vez de Bergson, terminó Mounier rompiendo por su adhesión a los alemanes durante la ocupación de Francia. Igualmente rompió Mounier con el tomista Maritain, tan amigo de las jerarquías máximas de la Iglesia. Es, por otra parte, muy modestamente, el DNA genético que me ha sido transmitido por vía indirecta gracias a Chevalier y por vía directa gracias a Mounier.

Chevalier, catedrático de filosofía y gran estrella cultural de la ciudad universitaria de Grenoble, apoyó a su maestro Henri Bergson, del que era ferviente discípulo, cuando aquél se «confrontó» con la teoría de la relatividad de Einstein en favor del físico holandés Hendrik Lorenz (1853-1928). Mounier apoya a su vez a su maestro Chevalier en dicha confrontación. Todavía alcancé a leerlo en *Durée et simultanéité: à propos de la théorie d'Albert Einstein*. Ed. Alcan, París, 1922¹.

¹ Emmanuel Mounier, «De la valeur des explications scientifiques ou pour avoir une opinion sur Einstein», en *Après ma classe*, No. 112 (1930), 20-1-1930.

Pero en aquel plexo relacional, de quien realmente se enamoró Mounier con imparable flecha cupídica fue de Péguy, por su libertad al margen de la Academia, por su republicanismo, por su galicismo, por su espíritu cristiano, por su honradez, por su solidaridad con los pobres y con las clases populares, por todo absolutamente en realidad. Todavía me conmueve la contraposición que hacía el secretario de Mounier, J-M. Domenach, entre Péguy y Mounier: «el viejo impresor que componía *Esprit* me dijo un día: ‘su patrón escribe menos bien que el señor Péguy, pero yo prefiero sus manuscritos a las hojas escritas a máquina’». Y todo aquello me gustaría a estas alturas y a tanta distancia temporal reelaborarlo con el detenimiento necesario, pues no se ha estudiado apenas aquel personalismo comunitario temprano, con hondas ramificaciones en lo que se llamó «pensamiento reflexivo francés», y que hizo en España acto de presencia mediante el añorado profesor Alain Guy, de la Universidad de Toulouse-le-Mirail². Por eso agradezco tanto a quien muchos años después me ha invitado a prologar este libro, el joven profesor José Miguel Ángeles de León (1993), coordinador de la División de Filosofía del Centro de Investigación Social Avanzada (CISAV) de Santiago de Querétaro, México, y destacado experto en la antropología filosófica de Descartes, Del Noce, Péguy, Mounier, Unamuno y del pensamiento personalista en general: buscando la verdad en la vida y la vida en la verdad. Al tiempo que lo agradezco, lamento —sólo como prologuista— la riqueza temática del presente extensísimo palimpsesto, que merecería un prólogo por cada página.

De todos modos, las relaciones entre Bergson y Péguy fueron cordiales pero distantes al mismo tiempo, dado el temperamento y el estilo de vida de ambos, como lo refleja Mounier: «el bergsonismo no consiste en privarse de las operaciones del

² Alain Guy, *Histoire de la Philosophie espagnole*, Association des Publications de l'Université de Toulouse-le-Mirail, Toulouse, 1983.

pensamiento. Consiste en remodelarlas constantemente sobre la realidad. Quiere, decía Péguy, que el pensamiento no trabaje sobre la confección, sino sobre la medida. Y es en esta crítica de lo *tout-fait*, de lo completamente hecho, donde ve la *instauration magna* del pensamiento bergsoniano»³. Por su parte Bergson decía de Péguy: «tenía un don maravilloso para franquear la materialidad de los seres, sobrepasarla y penetrar hasta el alma. Es así como ha conocido mi pensamiento más secreto tal como yo no lo he expresado, tal como hubiera podido expresarlo»⁴. No era solamente el estilo lo que separaba a ambas celebridades, pues el estilo, como el *stylus* latino, era estilo y estilete. Las relaciones entre Bergson y Péguy no pudieron ser mansas, dado el temperamento y el estilo de vida de ambos, como lo refleja Mounier: «el bergsonismo no consiste en privarse de las operaciones del pensamiento. Consiste en remodelarlas constantemente sobre la realidad. Quiere, decía Péguy, que el pensamiento no trabaje sobre la confección, sino sobre la medida. Y es en esta crítica de lo *tout fait*, de lo completamente hecho, donde ve la *instauration magna* del pensamiento bergsoniano»⁵. Por su parte Bergson decía de Péguy: «tenía un don maravilloso para franquear la materialidad de los seres, sobrepasarla y penetrar hasta el alma. Es así como ha conocido mi pensamiento más secreto tal como yo no lo he expresado, tal como hubiera podido expresarlo»⁶. Pero... «la originalidad de Péguy sobre Bergson», dice Mounier, «está en haber llevado hasta la plaza pública un combate espiritual que Bergson, por una especie de reserva universitaria y quizá también como gran señor del pensamiento, sólo libró con las teorías de estado mayor. Que Bergson lo haya hecho (con algunas

³ Emmanuel Mounier, «Péguy, mediateur de Bergson», en *Henri Bergson: Essais et témoignages inédits*, La Baconnière, Neuchâtel, 1941, p. 326.

⁴ Ib. p. 319.

⁵ Emmanuel Mounier, «Péguy, mediateur de Bergson», en *Henri Bergson: Essais et témoignages inédits*, La Baconnière, Neuchâtel, 1941, p. 326.

⁶ Ib. p. 319.

injusticias reservadas, inevitables) con esa exactitud de mirada de trazo tan firme como luminoso del príncipe amenazado constituye más que un testimonio único: en el declive de una época en que el pensamiento se complacía en la irresponsabilidad y hacía a la menor alerta la apología de la torre de marfil, Péguy se pone en pie y así es como en el campo de batalla la bala del enemigo le encontró como el primer modelo de una época nueva, del intelectual que no traiciona»⁷.

Pero el stylus... «¿Qué son esos grandes pensamientos, como el pensamiento platónico, el pensamiento cartesiano, el pensamiento bergsoniano, sino frutos de la tierra, y no menos sabrosos, por cierto, para quien tenga un alma pensante, diré para quien sea un alma pensante?, ¿qué son esas grandes filosofías, sino las cosechas del pensamiento?, ¿qué son esos grandes sistemas, sino nuestros almacenes y graneros?», nos pregunta Péguy. Pero hasta un pensador como Péguy corre el riesgo de ser académicamente *peguyfié*⁸: «¿qué reprochaba a Bergson el partido de la Inteligencia? Alimentar las disciplinas del pensamiento en una apología decadente de la suavidad, del feudalismo, de la confusión y de la complacencia sensible». Por eso se le oponía la dureza de pensamiento, el rigor lógico detrás de la razón abstracta. Contraatacando, Bergson les acusaba de «convertir los clásicos en románticos y de confundir con ese romanticismo la claridad con la razón, la profundidad con la turbulencia: ‘hay que renunciar a esa idea de que la pasión es turbia u oscura y de que la razón sea clara, que la pasión sea confusa y que la razón sea distinta. Todos conocemos pasiones claras como agua de la fuente y por el contrario, razones que corren

⁷ Ib. p. 324.

⁸ André Bégin, A, «*Note conjointe sur Bergson et Péguy* en *Henri Bergson: Essais et témoignages inédits*, La Baconnière, Neuchâtel, 1941, pp. 329-330. «Hay un optimismo bergsoniano que Péguy no ha compartido, pues Péguy, naturalmente cristiano, no puede confiar en un *élan* vital continuamente aliviado y de una creciente espiritualización, que acabaría por dejar atrás de sí una materia residual y desentificada».

siempre detrás de los amontonamientos de trenes de mercancías'»⁹. Modestamente, no puedo estar más de acuerdo: «Péguy no partió de Bergson para mirar el mundo a través de las fórmulas que éste aportaba, sino de un conjunto de aspiraciones humanas que buscaron *a posteriori* un lenguaje. Aun sin Bergson, hubiera sido por encima de todo Péguy. Tal vez a lo más un Péguy no tan lúcido, falto de haber hallado en la filosofía contemporánea la réplica de su alma. Es muy difícil decirlo, pues el bergsonismo se apoderó de sus primeros pensamientos y ya no dejó de ser su lenguaje natural hasta sus últimos escritos»¹⁰. De todos modos, en este sentido «me parece bastante interesante», escribe Jacques Maritain, «la idea de Marcel sobre las ideas desarrolladas por Péguy antes de que conociera a Bergson sobre la filosofía. Sólo por Bergson ha comprendido que la filosofía era capaz de lo absoluto y de la verdad. Pero en la línea bergsoniana esta verdad provenía más de la intuición que de un saber expresable»¹¹.

Péguy es nostálgico y a la vez combatiente desde la nostalgia para la eternidad, no para la coyuntura epocal, sino para lo ideal, para lo eidético, que en cierta manera va en su RH (como también en Mounier, en Domenach, en Jean-Luc Marion, y en mis conocidos franceses) y que es clave para entender la Francia del siglo XIX, su paradigma de idealidad: «nosotros hemos sido alimentados en un pueblo alegre. En aquel tiempo, un taller era un lugar de la tierra donde los hombres eran felices. En mi época todo el mundo cantaba, excepto yo, pero yo era ya indigno de aquella época. En la mayoría de los oficios se cantaba. Hoy se refunfuña. En aquel tiempo no se ganaba, por así decirlo, nada. Los salarios eran

⁹ Emmanuel Mounier, «Péguy, médiateur de Bergson», en *Henri Bergson: Essais et témoignages inédits*. La Baconnière, Neuchâtel, 1941, p. 320-321.

¹⁰ Emmanuel Mounier, «El pensamiento de Charles Péguy» en *Obras I*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1992, p. 44.

¹¹ Jacques Maritain y Emmanuel Mounier, *Correspondance*. Ed. Desclée de Brouwer, París, 2016, p. 41.

de una pobreza de la que no cabe hacerse una idea. Y sin embargo, todo el mundo comía. Había en las casas más humildes una especie de holgura cuyo recuerdo se ha perdido. En el fondo no se pagaba. Y no había nada que pagar. Y se enseñaba a los alumnos. No se ganaba nada, no se gastaba nada, y todo el mundo vivía».

Nunca se sabrá hasta dónde llegaba la decencia y la justicia del alma de ese pueblo; una finura semejante, una cultura profunda tal no se volverá a encontrar. Aquellas gentes habrían enrojecido con nuestro mejor tono de hoy, que es el tono burgués. Y hoy todo el mundo es burgués. Nosotros hemos conocido obreros que tenían ganas de trabajar. No se pensaba más que en trabajar. Se levantaban por la mañana, ¡y a qué horas!, y cantaban con la idea de que ellos partían a trabajar. *Ellos iban, ellos cantaban*. Trabajar era su alegría misma y la raíz profunda de su ser. Nosotros hemos conocido un honor del trabajo, exactamente el mismo que el que regía en la Edad Media la mano y el corazón. Era el mismo conservado intacto a lo largo del tiempo. Nosotros hemos conocido esa necesidad llevada hasta la perfección en el trabajo en su conjunto y en el detalle. Nosotros hemos conocido esa piedad de la *obra bien hecha*, trabajada, mantenida hasta sus más estrechas exigencias. Yo he visto durante toda mi infancia poner asientos nuevos a las sillas con el mismo espíritu y con el mismo corazón, y con la misma mano con que ese mismo pueblo había tallado sus catedrales.

En esa misma felicidad del oficio convergían todos los más bellos, todos los más nobles sentimientos. Una dignidad. Una bravura. Era ponerse tranquilamente cada uno en su lugar en un taller. Esos obreros no servían. Trabajaban. Tenían un honor absoluto, como corresponde a un hombre de honor. Era necesario que un palo de una silla estuviese bien hecho. Era algo sobreentendido. No hacía falta que estuviese bien hecho para el patrón ni para los expertos, ni para los clientes del patrón; hacía falta que estuviera bien hecho él mismo, en sí mismo, por él mismo, en su ser mismo. Una tradición sobrevenida, ascendida de lo más profundo de la

raza, una historia, un absoluto, un honor quería que ese palo de silla estuviese bien hecho. Cualquier parte de la silla que no se viera se hacía exactamente con la misma perfección con que se hacía lo que se veía. Era el principio mismo de las catedrales.

Y un sentimiento increíblemente profundo de lo que llamamos hoy honor deportivo. No solamente la idea de hacer lo mejor, sino la idea de hacer rendir lo más posible. No solamente a quien hiciera lo mejor, sino a quien hiciera lo más; era un bello deporte continuado en todas las horas, de lo que la vida misma estaba tejida. Un disgusto sin fondo por la obra mal hecha. Un desprecio más que de gran señor para aquel que hubiese trabajado mal. Ni siquiera se les pasaba por la cabeza esa idea. Todos los honores convergían en este honor. Una decencia y una figura del lenguaje. Un respeto del hogar. Un sentido del respeto, de todos los respetos, del ser mismo del respeto. Una ceremonia, por así decir, constante. Por otra parte, el hogar se confundía aún muy frecuentemente con el taller, y el honor del hogar y el honor del oficio eran el mismo honor. Era el honor del mismo fuego. ¿En qué ha quedado todo aquello? Todo era un ritmo y un rito y una ceremonia desde el instante en que uno se levantaba. Todo era un acontecimiento sagrado. Todo era una tradición y una enseñanza, todo estaba legado, todo era la más simple costumbre. Todo era una elevación, interior, y una oración, toda la jornada, el sueño y el despertar, el trabajo y el poco de reposo, la cama y la mesa, la sopa y la carne, la casa y el jardín, la puerta y la calle, el corazón y la llave, y los cubiertos sobre la mesa. Riendo, para hacer rabiar a los curas, decían que *trabajar es rezar*, y no sabían la razón que tenían al decirlo. Su trabajo entero era también una oración. Y el taller era un oratorio. Todo era el largo acontecimiento de un bello rito. Lo contrario hubiera sido dudar de su capacidad, porque eso hubiera supuesto que no habrían rendido todo lo que podían. Es como suponer de un soldado que no será capaz de salir victorioso.

Y además todos los bellos sentimientos adjuntos o conexos, derivados y filiales. Un respeto a los ancianos, a los padres, a los parientes.

Un admirable respeto a los hijos. Naturalmente, un respeto a la mujer (y hay que decirlo muy alto, porque eso precisamente falta tanto hoy, un respeto a la mujer por la mujer misma). Un respeto a la familia, un respeto al hogar. Y un gusto propio y un respeto al respeto mismo.

A aquel espíritu revolucionario, a aquel afán de justicia, le ha seguido una uniformidad en la mediocridad y en el odio: «ya no existe el pueblo. Todo el mundo es burgués. El antiguo aristócrata ha devenido, como los otros, un burgués adinerado. En cuanto a los obreros, no tienen más que una idea, la de llegar a ser burgueses»¹². «El mundo ha cambiado menos después de Jesucristo de lo que ha cambiado desde hace treinta años. Hubo la tradición antigua y bíblica. Hubo la era cristiana. Ahí está la era moderna. Todavía después de la guerra mundial una granja en Beauce estaba infinitamente más cerca de una granja galo-romana (e incluso de una granja de Jenofonte) por las costumbres, por los estatutos, por la seriedad, por la gravedad, por la estructura misma y por la institución, por la dignidad de lo que se parece a sí mismo. De todos estos pueblos, los mejores eran aquellos buenos ciudadanos, nuestros maestros de enseñanza primaria. Eran el civismo mismo, la dedicación sin medida al interés común. Aquellos maestros no se habían separado en nada del pueblo, ni del mundo obrero y campesino, ni deseaban gobernarle, apenas conducirlo, formarle. Salidos del pueblo, hijos de obreros, pero sobre todo de campesinos y de pequeños propietarios de algún trozo de tierra en alguna parte de la provincia, seguían siendo el mismo pueblo sin endomingar, solamente un poco más aliñados, un poco más puestos en su sitio, un poco más ordenados en los bellos jardines de sus casas. No se las daban de listos, estaban justamente en su lugar»¹³.

Péguy había conservado una imagen deliciosa de lo que llama *época heroica del uniforme*: «nuestros jóvenes maestros eran bellos

¹² Charles Péguy, «L'argent» en *Cahiers de la Quinzaine*, XIV, 1913, pp. 383-384.

¹³ Ib., pp. 406, 787 y 803-804.

como los húsares negros. Esbeltos, severos, ceñidos. Serios y un poco temblorosos por su precocidad, por su omnipotencia súbita. Un largo pantalón negro, pero con una orla violeta. El violeta no es solamente el color de los obispos, es también el color de la enseñanza primaria. Un chaleco negro. Una larga levita negra bien derecha, bien tallada, con dos palmas violetas cruzadas en la espalda. Una gorra chata, negra, y dos nuevas palmas cruzadas en el reverso por encima de la frente. Este uniforme civil era una especie de uniforme militar todavía más severo, todavía más militar, aun siendo un uniforme civil. Nada es tan bello como un bello uniforme negro entre los uniformes militares. Y la severidad. Vestida por esos muchachos que eran verdaderamente los niños de pecho de la República. Por esos húsares negros de la severidad. Era como un inmenso depósito gubernamental de juventud y de civismo»¹⁴. ¿Qué haría, qué diría al respecto Péguy en nuestros días?

Sabiduría libre y creativa, y al propio tiempo uniformada: «Ante todo, uno debe permanecer vivo para sí mismo, y precisamente eso no es algo fácil si se quiere ser fiel»¹⁵. Ética que no lo sea del esfuerzo es procrastinación, como destacó tempranamente la tradición reflexiva francesa de Maine de Biran. Una persona en su unidad no es una roca maciza, sino unida por la multiplicidad de sus identidades; de ahí lo costoso que resulta mantener una identidad plural, una unitotalidad di/versa y ad/versa. Lo que más une es lo que más separa.

Charles Péguy era así en todo, especialmente en la denuncia de la burguesía y de los falsos republicanos, a los que insta a ser verdaderos republicanos y personas fieles a la vez: «Somos la retaguardia; y no solamente una retaguardia, sino una retaguardia

¹⁴ Emmanuel Mounier, «Charles Péguy et le problème de l'enseignement», en *Revue de culture générale*, No. 2-4, 20-11-1930.

¹⁵ Gabriel Marcel, *Homo Viator. Prolégomènes à une Métaphysique de l'Espérance*, Éditions Montaigne, Aubier, 1944, p. 171.

un tanto aislada, a veces casi abandonada. Una tropa en el aire. Somos casi especímenes»¹⁶: ser una retaguardia aislada, cuya vanguardia está en el despertar de las espiritualidades dormidas y satisfechas. No deja de ser extraño que «El mundo de aquellos que no creen en nada, ni siquiera en el ateísmo, que no se entregan ni se sacrifican por nada, el mundo de aquellos que no tienen mística». Quizá también por eso «los viejos republicanos no quieren creer que haya jóvenes republicanos, y los jóvenes no quieren creer que haya viejos republicanos»¹⁷. Péguy, cepa de la vida republicana. Y militarista ordenado a la justicia y a la paz, no al ejército.

Pero la república no cae del cielo, hay que hacerla en el *humus* de la tierra y del *homo terraqueus*, es decir, de la *metanósis*, derrota del fariseísmo: «vencerse a uno mismo es la única derrota exacta y la única total. Cuando nos derrotamos a nosotros mismos sabemos dónde herirnos con una exactitud terrible», dice la *Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana*. A nadie que haya leído a Péguy pueden resultarle extrañas estas palabras: «Es entre yo y yo mismo donde estaría el único vínculo verdadero», la virtud de lo difícil reseñada por Goethe, la que restaña las grietas de ese sistema.

No hay que irse a la cama con las manos vacías. El judío y el cristiano, dice Péguy, saben muy bien que en materia de paciencia el judío es siempre más cristiano que el cristiano. Las angustias de los judíos se han sostenido en la paciencia. Son aliados, están en armonía con la paciencia, están unidos con la paciencia. No diría lo mismo de los cristianos. Cuántas paciencias (secretamente orgullosas de ser paciencia, y de haber vencido la impaciencia, y de haber vencido la ira) no son más que un movimiento de hombros para no recibir el golpe, la mera forma más docta, la más impecable de engañarse con el dolor, es decir, con la prueba, es decir, con

¹⁶ Charles Péguy, *Notre jeunesse*, Gallimard, París, 1957, p. 14.

¹⁷ Ib., p. 17.

la salvación, que es la más docta y la más implacable para hacer trampa contra el pueblo. ¡Cuántas paciencias no son más que invenciones anestésicas, defensas infalibles contra el castigo, contra la prueba, contra la salvación, contra Dios! Renuncias escuálidas y furtivas a la condición misma del hombre.

Péguy era más cristiano que judío; le quemaba la retaguardia, pues Dios coopera siempre con quienes trabajan por el Reino de Dios —*toû Kyρίου synergountos*—. Cada acción de amor a los demás es un grano de mostaza, *kókkos synápeôs*, que se convierte en un gran árbol frondoso en donde anidan las aves del cielo. Péguy tuvo sus más y sus menos con la jerarquía eclesiástica, a la que nunca rindió cadenciosa pleitesía. Los celos jerárquicos entre eclesiásticos han sido siempre de lo más terribles y pertinaces, pero la Iglesia es la barca, *ployáron* o *navicula*, para aliviar las desgracias de nuestros hermanos más pequeños, los *agapêtoí*, los más amados por Nuestro Señor. Y esa es la alegría que tienen los auténticos discípulos de Cristo, que no la pueden guardar para uno mismo. ¿Es mejor arriesgarse a fracasar, o repetir la rutina, aunque haya que acabar siendo irrelevantes? El irrelevante responde afirmativamente; Péguy, negativamente, dando un paso entre el Viernes Santo y la Pascua de la Resurrección.

Violenti rapiunt illud, mejor una cólera impura que una resignación indiferente; «por naturaleza estamos destinados todos a la cólera»¹⁸, repetían Péguy y Mounier. Esa copa es de venganza o de ternura, el paso de una a otra son lote y heredad de cada día. Hay dos actitudes. La primera es que, cuando nuestros sentimientos se cuartejan y hacen pedazos, construimos un andamio ante la fachada que se bambolea para emerger de nuestras ruinas entre los escombros, pero seguimos entregados a la cólera. La segunda es la de Job, el cual era incapaz de reconocer a Dios en la tentación que le asaltaba, porque entre Job y Dios había un muro, el muro

¹⁸ Ef, 2-3.

de la buena teología de su tiempo. Job pensaba que, siendo justo, deberían ahorrársele todas las pruebas: Dios sólo castiga a los pecadores, en cambio a los justos les recompensa con la prosperidad. Por eso Job está desorientado. Protesta ante Dios y trata de probarle su inocencia. En *El diablo y el buen Dios* presenta Sartre a un caballero de la Edad Media llamado Goetz, que es no creyente y, para probarlo, decide hacer únicamente el mal. Con gran sorpresa no lo consigue, pues —cuanto más hace el mal— más buenos son sus efectos, decidiendo entonces ir más lejos en el camino de la rebelión contra Dios, para lo cual toma la resolución de hacer sólo el bien y de así convertirse en un santo. Pero todo el bien que hace da malos resultados. Entonces Goetz decide que el bien y el mal no existen y que no hay Dios¹⁹. De este modo no hay nada de nada: ni Dios, ni bien, ni mal, ni gracia, ni pecado. Sólo hay Sartre.

Esa copa es de venganza o de ternura, el paso de una a otra, ¿de qué depende que puedan constituirse en mi lote y mi heredad de cada día? Hay dos caminos de rectificación. El primero es rechazar la propia debilidad, sin la cual el poder de Dios no podrá obrar en nosotros. Podemos hacer un esfuerzo para corregir, aunque sólo sea un poco, nuestra debilidad; tratamos de resolver nuestros problemas incluso con buena voluntad y generosidad, haciendo lo posible para vivir una vida justa; nos apoyamos en buenas resoluciones y en nuestra energía natural, pero pronto amenazamos ruina al borde de hundirnos. La otra posibilidad es que, cuando un día nos hundamos, experimentemos nuestra verdadera debilidad y dejemos entrar a Dios en la debilidad de nuestro corazón. Somos fuertes cuando nuestra debilidad se nos hace evidente: es el lugar bendito en el que la gracia de Jesús puede sorprendernos e invadirnos. Conocemos bien nuestra debilidad, pero no sabemos cómo manejarla, pues hiere inconscientemente nuestra imagen ideal. Pensamos que hay que buscar la santidad en la dirección

¹⁹ André Louf, *A merced de su gracia*, Ed. Narcea, Madrid, 2000, pp. 38 y 43.

opuesta al pecado, y contamos con Dios para que su amor nos libere de la debilidad y del mal, permitiéndonos así alcanzar la santidad. Pero Dios no actúa con nosotros de esa manera. La santidad no se encuentra en el extremo opuesto de la tentación, sino en el corazón mismo de la tentación. No nos espera más allá de nuestra debilidad, sino en el interior mismo de ella. Escapar de la debilidad sería escapar del poder de Dios, que sólo actúa en ella. Tenemos que aprender de nuestra debilidad al mismo tiempo que entregarnos a la misericordia de Dios. Sólo en nuestra debilidad somos vulnerables al amor de Dios y a su poder. Permanecer en la tentación y en la debilidad es el único camino para entrar en contacto con la gracia y para convertirnos en milagro de la misericordia de Dios, no de nuestro pelagianismo.

Esto es lo propio del filósofo, y a mayor abundamiento del filósofo creyente. El filósofo Péguy colma la definición de filósofo como aquel que remonta la corriente: «el filósofo se detiene y ya no quiere continuar la marcha antes de haber aclarado esas dificultades que son generalmente imposibles de aclarar. De ahí viene su dignidad, su precio singular, su grandeza y su miseria. De ahí viene que los otros le desprecien y le teman y a veces le odien, se encojan de hombros, pero algunas veces bajen los ojos. Y con eso tiene para toda su vida, que es una pobre vida y no llegará nunca al límite, porque tendría para varias vidas, porque para eso necesitaría toda una eternidad. Los otros son hombres de facilidades, de posibilidades. Él es un hombre de dificultad, de imposibilidades, de inhibiciones, un hombre que se detiene. Un frustrado, pues lo que quiere hacer es aquello que nadie logrará hacer nunca bien completamente. Por tanto, el filósofo es un desclasado, un ocioso y un pedigüeño, porque nunca tendrá su obra en la mano. Los otros descienden corriente abajo, pero él no abandonará jamás su puesto, a no ser para remontar corriente

arriba»²⁰; «la filosofía es tan abstracta», se dice. Como si para ir a la filosofía hubiese necesidad de renunciar a la vida, a la belleza, abandonar el cálido contacto de las almas. Demasiados ‘filósofos’, para los cuales la filosofía no fue más que un penacho usurpado o un oficio perseguido sin amor, han justificado en parte esos prejuicios. Se ha definido muy mal a la filosofía como la especialidad de las generalidades, pero sobrepasa infinitamente las especialidades. El espíritu filosófico es la unión inseparable de una cierta actitud de vida y de un cierto método de espíritu. El uno convierte al otro y se revela a través del otro, aunque el verdadero pensador no sabe demasiado bien si vive su pensamiento o si piensa su vida. En su origen, la reflexión nace de una insatisfacción de la apariencia y de una decepción reiterada. Después es curiosidad: filósofo es aquel que no aprende nunca, el que nunca ha cesado de comprender, el que se asombra donde todo el mundo pasa indiferente y sabe que el problema momentáneamente desaparecido va a reaparecer más insidioso en la próxima encrucijada. Insatisfecho, pero no desengañado. Insatisfecho apasionado, siempre batallador, espera mucho de las gentes y de las cosas y les arrebató su secreto mediante una pregunta ininterrumpida. Pasa por el mundo sin insertarse en él, sin comprenderlo, incapaz por esa indigencia incluso de reír, de llorar, de ser bueno o malo: pero pensar es llegar a ser capaz de un cierto sentido místico del interior de las cosas y de la profundidad de los acontecimientos, es adquirir el gusto de lo que está detrás de la cortina en que se agitan las sombras: el filósofo no es un especialista ni un predestinado. Para desarrollarlo basta con estar atento, acogedor y perspicaz, medir el progreso en la capacidad de asombrarse, de interesarse, de simpatizar con todas las cosas, lo que se llama «sentimiento trágico de la vida», es decir, el sentimiento del drama sublime y complejo que recubre la apagada banalidad del

²⁰ Charles Péguy, «*De la situation faite à l'histoire et à la sociologie dans les Temps moderne*», en *Cahiers de la Quinzaine*, VII, 3, 1906, pp. 494-495.

acontecimiento cotidiano; aprenderá al mismo tiempo el reír que juzga y castiga lo ridículo de nuestros envaramientos primeros, pero también en la paz adquirida, el reír joven del descuido que ha sobrepasado la preocupación, el reír de las fuentes alcanzadas después del largo esfuerzo de remontada. La filosofía no merecería ni una hora de esfuerzo si no nos hiciera tocar más humanidad.

Lo que importa es que el filósofo testigo sea igual a su testimonio. Ahora bien, este sentido de lo invisible y de la configuración mística del universo tiene su peligro si no se alimenta vigorosamente. Lleva demasiado frecuentemente a la ensoñación sin objeto, a un impulso del corazón que se desespera de su ineficacia, falto de consentimiento para incorporarse a esa forma de acción que son los acontecimientos, y en esa materia de espíritu que son las ideas exactas. La configuración del mundo espiritual es una configuración oculta, pero tan sutil que es necesaria la más fina punta del alma para repasar sus contornos. Por ello, al mismo tiempo que la filosofía nos entrena para el abandono de la apariencia y para el conocimiento amoroso de la realidad, quiere que nuestra comunión con las cosas sea tan fiel como tan delicada y electiva fue la intención del Creador, y que a cada uno le diésemos el mismo amor singular que el que le conviene a su forma propia y a su traza única. El amor solamente así es fuerte, de lo contrario se diluye en un vago sentimentalismo. El espíritu filosófico lleva en su seno la infinitad. También aquí el filósofo se reúne con el poeta, arte de despertar almas definiendo palabras. ¿Quién distinguiría filosofía y mística?, se preguntó más tarde Wittgenstein.

A veces, pequeños ídolos, nos creemos dueños del personalismo, catequistas, profesores de moral, incluso vigilantes morales, managers de grandes empresas de ayuda espiritual, como los fariseos: «¡Dios mío, te doy gracias!», pero da gracias a la luz por su propia virtud pensando que es mejor que los demás, y «no como ese publicano de ahí». Pero el publicano *humiliando ascendit*.

Jesús agota las invectivas contra los fariseos hipócritas²¹, sepulcros blanqueados llenos de inmundicia por dentro²², «presumen de ser justos»²³, llenos de iniquidad²⁴, ciegos que guían a ciegos²⁵, que ignoran que quien se vea sin pecado no aparecerá en el Reino de Dios²⁶, pues «si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís ‘vemos’, vuestro pecado permanece»²⁷.

Contritio et compunctio. *Contritio*, contrición, de *conterere*, moler, aplastar, hacer pedazos nuestro corazón de piedra; *compunctio*, compunción, de *compungere*, picar ese corazón de piedra. Cuando un corazón se entrega a Dios, la cólera de Dios se transforma en un brasero de amor y de ternura, Dios se convierte entonces en un «fuego devorador»²⁸. *Homo incorvatus et humiliatus usquequaeque*: entonces es cuando el hombre puede alabar a Dios. Si tenemos dificultad en desvelar la maldad de nuestros sentimientos y deseos es porque nos sentimos juzgados en ellos por nuestro gendarme interior. En el momento en que el espejo y la imagen de nuestra imperfección se rompen, se abre una crisis terrible. Pero el dragón de virtud egocéntrica morirá, la vida está ahogando a esas personas, no llegan nunca a hacerse adultas. Tal vez sean héroes del deber, o víctimas del mismo, pero son estériles y apenas sobreviven por su necesidad de concitar toda su energía disponible para mantenerse en zozobra, pues el test de su éxito sólo podría ser la alegría de la gratuidad, una alegría destinada a invadir todo su ser. Percibir esta alegría bastará para buscarla: soy profundamente feliz. *A thing of beauty is a joy forever*, lo bello es una alegría

²¹ Mt 23,13.

²² Mt 23, 27.

²³ Lc 18, 9.

²⁴ Mt 23, 28.

²⁵ Mt 15, 14.

²⁶ Mt 21, 31.

²⁷ Jn 9, 40-41.

²⁸ Dt 4, 24.

para siempre. Cuando la ascesis esté plenamente de acuerdo con la alegría, será libre, feliz y radiante; cuando no hemos sabido dominar el lenguaje, no podemos decir: «así habla el *Amén*»²⁹. Cualquiera puede ser mentiroso, la palabra le sirve entonces de defensa, separándole del prójimo, de sí mismo y a veces también de Dios: esperanza absoluta pero apatía infinita la del yo prófugo. Las palabras pueden no ser más que formalismo y convención, una máscara tras la cual permanecemos invisibles, e incluso nos sentimos «héroes de la caridad» sin *hipomoné*, sin nada sustentador.

En fin... «Todo empieza en mística y acaba en política». Los políticos son los adversarios más decepcionantes, pero «cuando os apoyan es quizá peor, pues os adoptan en el lenguaje político y en el plano político. Desconfiemos de nuestros enemigos, los amigos políticos». Son semejantes a esos admiradores que nos aplauden aquello precisamente por lo que nosotros quisiéramos ser menos alabados, la proyección en nuestras palabras de sus prejuicios, y que nos denigran con sus lisonjas. La suprema culpa del político es la de jugar en la doble mesa de su política y de la mística correspondiente para acumular ventajas de lo temporal y lo eterno: «jugar lo temporal con los poderes de este mundo y al mismo tiempo recurrir a la mística y al dinero de los pobres, sacar siempre del corazón y de la bolsa de los pobres... Hacer política y llamarla política está bien. Hacer política y llamarla mística, tomar mística y convertirla en política es una malversación sin expiación posible»³⁰. «Moral interesada y mendaz que no es más que el traslado a la vida espiritual de los principios de la economía burguesa: tranquilidad para el momento que pasa; seguridad para mañana y, para terminar, una buena jubilación. Ha sido la gente honrada la que nos ha fabricado ese cristianismo burgués, ‘si es que estas

²⁹ Ap 3,14.

³⁰ Emmanuel Mounier, «El pensamiento de Charles Péguy» en *Obras I*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1992, p. 101-105.

dos palabras pueden ir juntas'». ³¹ «Así como los Evangelios son la unión total del pensamiento cristiano, así la libreta de la Caja de Ahorros es el libro y la total unión del pensamiento moderno. Sólo ella es lo bastante fuerte como para intentar oponerse a los Evangelios, porque la libreta de la Caja de Ahorros es el libro del dinero. El cual es el anticristo» ³². Pero «el presente no es lo histórico sobre un espesor muy delgado. El misterio del presente no es sólo ver pasar. Es hacer pasar» ³³.

Carlos Díaz

³¹ Ib., p. 110.

³² Emmanuel Mounier, «El pensamiento de Charles Péguy» en *Obras I*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1992, p. 116.

³³ Ib., p. 120.

INTRODUCCIONES

CHARLES PÉGUY Y LA INCOMPARABLE DIGNIDAD DEL PENSAMIENTO

No debe preocuparse el lector común: estas dos *Notas* sobre Descartes y Bergson no fueron escritas por Charles Péguy (1873-1914) con la intención de dirigirse únicamente a filósofos o teólogos. Antes bien, fueron concebidas contra quienes él denominaba «los intelectuales de la felicidad».

Se trata, además, de sus dos últimos escritos. *La nota conjunta sobre Descartes* quedó inconclusa el 1 de agosto de 1914, cuando Péguy debió alistarse para la Primera Guerra Mundial. Murió pocos días después, el 5 de septiembre, al recibir una bala en la frente. Ambas *Notas* deben leerse en continuidad: la segunda es prolongación de la primera y Péguy mismo las llamó «Notes conjointes» —*Notas conjuntas*—, subrayando el hilo de pensamiento común que las recorre.

PÉGUY EN DEFENSA DE BERGSON

Estos escritos, ligados a circunstancias históricas muy concretas, deben situarse en su contexto para ser comprendidos cabalmente. El primer texto, la *Nota sobre Bergson*, nació de una petición de la revista francesa *La Grand Revue*, que en 1914 realizaba una encuesta sobre la influencia de Bergson en el pensamiento francés. Péguy publicó allí un breve artículo, que pocos días más tarde

amplió y editó en abril de ese mismo año en los *Cahiers de la Quinzaine*, la revista que dirigía desde 1900.

En esta *Nota*, Péguy inicia la defensa de su maestro, Henri Bergson (1859-1941), entonces objeto de múltiples ataques. Por un lado, fue criticado desde el ámbito católico, particularmente por Jacques Maritain, quien a finales de 1913 reunió en un volumen artículos y conferencias contra la filosofía bergsoniana, a la que juzgaba incompatible con el dogma cristiano. Estas intervenciones respondían a la presión de la neoescolástica, empeñada en reinstaurar el tomismo como filosofía oficial en la Iglesia. Por otro lado, Bergson fue objeto de violentas diatribas del movimiento político de extrema derecha Action Française, mezcla de nacionalismo, antisemitismo y un catolicismo desnaturalizado —posteriormente condenado por Pío XI en 1926—. Finalmente, también recibió severas críticas de Julien Benda, filósofo judío, cuyas obras, paradójicamente, Péguy publicó en 1913 en sus *Cahiers* para promover el libre debate intelectual.

La *Nota sobre Descartes*, iniciada poco después, quedó inconclusa, pero constituye la continuación inmediata de esta defensa. Su urgencia se explica por los acontecimientos de junio de 1914, cuando el Vaticano incluyó en el *Index* los tres primeros libros de Bergson, prohibiendo su lectura a los católicos. La medida fue impulsada por dominicos neoescolásticos y por la Action Française. Para Péguy, aquella condena representaba indirectamente una advertencia personal: justo en esos días un emisario del Vaticano investigaba la ortodoxia de su obra, cuestionando no tanto sus ideas como su vida privada —desde su reencuentro con la fe en 1908 vivía en concubinato, sin recibir sacramentos ni bautizar a sus hijos—. El trasfondo era claro: se buscaba amedrentarlo por su defensa de Bergson.

El vínculo entre ambos explica el riesgo asumido por Péguy. En sus cartas lo llamaba siempre *mon maître* —mi maestro—, aunque precisaba en la *Nota sobre Descartes* que había sido «más que un alumno»: no un repetidor de ideas, sino un «hijo» del pensamiento

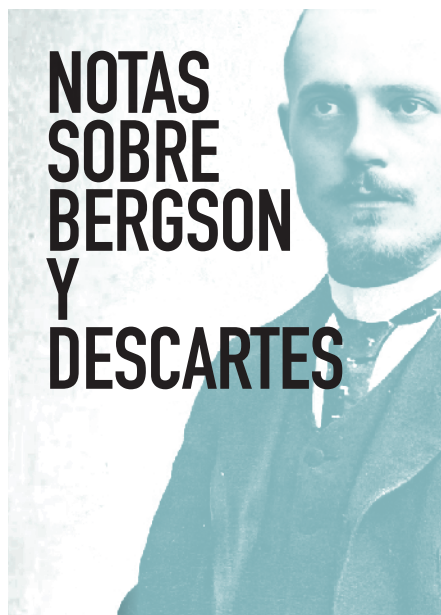
Este libro reúne los dos últimos escritos de Charles Péguy antes de su muerte trágica en el frente de la Primera Guerra Mundial: *Nota sobre Henri Bergson y la filosofía bergsoniana* y *Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana*.

En estas páginas, Péguy se acerca a Henri Bergson con una penetración singular: «Ha conocido mi pensamiento más secreto tal como yo no lo he expresado, tal como hubiera podido expresarlo», escribió el propio Bergson reconociendo la hondura de la lectura de su discípulo.

Péguy penetra también en el alma de René Descartes, no tanto para juzgar sus aportes a la ciencia como para admirar su impulso creativo: «Sabemos que Descartes no descubrió los cielos. [...] Los descubrimos antes que

Descartes. Por sí mismos se descubrieron antes que Descartes. ¡Qué importa! Sólo me interesa su audacia. La audacia cartesiana por sí misma es genial. ¿Ha habido alguna vez una audacia tan hermosa?».

Esta nueva traducción —la primera desde 1946— no solo ofrece comentarios sobre ambos filósofos, sino que establece un diálogo vivo con la tradición espiritual y cultural francesa. En el fondo, lo decisivo para Péguy es mostrar que la filosofía de Bergson constituye un auténtico antídoto contra la esclerosis del «mundo moderno». Frente a los sistemas cerrados, Bergson representa para Péguy una filosofía capaz de reabrir el tiempo, destrabar el mundo y restituir su movilidad interior, de modo que la gracia pueda volver a operar en la historia.



UCV



Cátedra de
Estudios Culturales
Charles Péguy

Depósito Legal: M-3786-2026



ISBN: 978-84-1339-267-7



9 788413 392677